

Por la liberación de la mujer

llamamiento del
Partido Comunista de España

En la etapa que estamos viviendo de agonía del régimen franquista, el problema de la liberación de la mujer se coloca en un lugar central de la lucha por la libertad.

Ello se debe, en primer lugar, a que el franquismo ha llevado a extremos particularmente brutales y escandalosos la discriminación de la mujer. Y en segundo lugar, a que en la sociedad española empieza a manifestarse, a pesar de las cadenas fascistas —rompiendo esas cadenas— la profunda revolución cultural que se produce hoy en la mentalidad de las grandes masas humanas contra toda clase de conformismos, tradiciones reaccionarias y costumbres del pasado; revolución cultural que tiene como uno de sus postulados principales la exigencia de que la mujer conquiste la igualdad con el hombre.

La toma de conciencia por parte de la mujer española de su situación discriminada es motor impulsor de su participación en la lucha social y política, de su presencia cada vez más combativa en la batalla democrática.

El Partido Comunista llama la atención sobre la importancia de desplegar una lucha mucho más enérgica contra las discriminaciones que la mujer sufre en el trabajo.

En España más del 64% de mujeres se dedica fundamentalmente a las tareas del hogar. Esta cifra da ya una idea de la magnitud del problema. Por el contrario, el porcentaje de mujeres incorporadas al trabajo no sobrepasa el 24% de la población activa total.

La mujer llega al mundo laboral en extrema inferioridad de condiciones debido a una educación diferenciada, a una falta de formación profesional, a un encauzamiento hacia ramas de producción y profesiones que podríamos denominar típicamente «femeninas», a una carencia de medios sociales y a unos sustratos ideológicos discriminatorios que tienen su máxima expresión en una concepción del trabajo como etapa provisional hasta el matrimonio.

La mujer en el trabajo es objeto de una doble discriminación de hecho que, incluso encuentra formulaciones legales sobre las que apoyarse. La reivindicación «a trabajo igual, salario igual» viene limitada por las Ordenanzas Laborales sobre coeficientes reductores y, las diferentes categorías profesionales entre hombres y mujeres, sancionadas por los reglamentos interiores de las empresas. Junto a ello, la Ley del Contrato del Trabajo formula condiciones vejatorias para la mujer casada, al exigir el permiso del marido para trabajar y percibir la remuneración de su propio trabajo.

Situaciones aún más vejatorias en las relaciones laborales de la mujer se dan en los casos en que el trabajo es realizado en casa, con remuneraciones

mínimas y sin seguros sociales; en el servicio doméstico; para la mujer del campo, en condiciones de subproletariado.

La auxiliaridad en el trabajo femenino, la concepción de la mano de obra femenina como ejército de reserva que fluctúa según las crisis económicas del capitalismo, dan pie a formas de explotación suplementarias.

En la medida en que los comunistas y el movimiento obrero en su conjunto, coloquen al nivel que corresponde la lucha contra la superexplotación que sufre la mujer, ésta se incorporará en mayor número a la lucha de clases.

Los comunistas tienen el deber de esforzarse porque las mujeres pasen, en creciente medida, a ocupar puestos dirigentes en el movimiento obrero. Sus capacidades son subestimadas con frecuencia, a causa de los viejos prejuicios sobre la «inferioridad» de la mujer. Las recientes elecciones sindicales, por no citar otros ejemplos, demuestran que entre las mujeres obreras existen grandes cualidades de militancia, y de dirección, que se potenciarán en la medida en que se eleve la lucha contra todas las formas de discriminación de la mujer.

La legislación española es, con mucho, la más atrasada de Europa, en cuanto a privar a la mujer de derechos elementales y a colocarla en condiciones de inferioridad con respecto al hombre.

A pesar de algunas reformas introducidas en los últimos años, el refrendo legal de esta discriminación de la mujer encuentra aún formulaciones estremecedoras en las leyes españolas, tanto en el Código Civil, como en el Penal y en el de Comercio; al igual que en las Leyes de Enjuiciamiento Civil, Fiscales y Sociales.

La legislación inicial napoleónica y la larga serie de medidas que el fascismo ha ido incorporando a ella, restringen la capacidad legal de la mujer, supeditándola en todo caso a la decisión definitiva del varón. La reciente ley sobre la situación jurídica de la mujer casada, sobre «Derechos y Deberes de los Cónyuges», lejos de cualquier modificación importante, ha ratificado el espíritu del Código Civil vigente que al ser promulgado fué acompañado de la afirmación: «La potestad de dirección que la Naturaleza, la Religión y la Historia atribuyen al marido».

El Código Penal legaliza la existencia de una doble moral: el adulterio es un delito para la mujer que puede ser condenada a 6 años de cárcel, mientras no es delito para el hombre.

El Partido Comunista considera que el establecimiento de una verdadera democracia en España exige, como cuestión esencial, la supresión de todas las disposiciones legales que discriminan a la mujer y la concesión a ésta del derecho a acceder a todas las profesiones y cargos públicos.

Esta demanda democrática encuentra ya hoy un consenso amplísimo en la sociedad española. Con una denuncia más sistemática, con un esfuerzo más sostenido sobre estas cuestiones vitales para millones de mujeres, hace falta imponer la supresión de esos aspectos anacrónicos de la leyes españolas.

La situación de inferioridad de la mujer, no sólo es impuesta por leyes

y medidas económico-sociales, sino que es introducida en la mentalidad de las niñas y de los niños desde que empiezan a tomar conciencia, desde los primeros pasos de la educación familiar y pre-escolar. *La educación es así uno de los instrumentos principales para convertir la supuesta «superioridad» del hombre en algo que aparece como «normal», como parte del «sentido común», aceptado por los hombres e incluso por muchas mujeres.*

A la niña desde la infancia, se la destinan colores, juguetes, se la inculcan proyectos de vida, se la acostumbra a una doble moral. Todo lo cual la condiciona para aceptar un estatuto de ser inferior.

El inicio de esta trayectoria encuentra una cumplida continuidad en la programación que la enseñanza escolar le tiene destinada: la separación de sexos, la aplicación de criterios diferentes en materia de educación, que se concretiza en textos y asignaturas distintos para niño y niña y escuelas profesionales diferenciadas, casi inexistentes para la mujer. En la educación profesional se la orienta hacia objetivos marginales que suelen ser la continuidad del hogar (secretaria, enfermera, maestra...)

Todos estos condicionamientos sociales y educativos se ven reflejados en el progresivo descenso de la mujer en los años conclusivos de la enseñanza superior y su ausencia casi total en la enseñanza técnica. Sólo el 0,05% de mujeres terminan carreras técnicas. Tienen luego enormes dificultades para poder ejercer profesionalmente.

El Partido Comunista, al preconizar la reforma democrática de la enseñanza, plantea como una de las exigencias esenciales de esa reforma, acabar con los aspectos que contienen, o preparan, la discriminación de la mujer. Pero es consciente, a la vez, que tales cambios en el campo de la educación, por importantes que sean, no resolverán el problema.

Las clases explotadoras tienen un interés decisivo en mantener la discriminación de la mujer, no sólo porque la super-explotan en la producción, como ya hemos visto. En el hogar, la mujer realiza prácticamente una jornada de trabajo (una doble jornada, si a la vez trabaja fuera de casa); por esa jornada no recibe nada, pero es un trabajo imprescindible para el mantenimiento y la reproducción de la fuerza de trabajo, sin la cual la producción quedaría paralizada.

La vida familiar tradicional hace del hogar la célula básica de la discriminación de la mujer, tanto en el terreno económico como en el social e ideológico. Ello se expresa en una clara división de papeles: el hombre es el responsable de asegurar el mantenimiento económico, lo que implica contacto con la realidad social; a la mujer se le asignan, como función primordial, las tareas domésticas, una forma de esclavitud embrutecedora, que además la aísla y margina de las tareas colectivas. El régimen fascista ha tenido particular empeño, a lo largo de 39 años, en mitificar, como si fuese una «virtud femenina», la esclavitud doméstica de la mujer.

La incorporación de la mujer al trabajo —a pesar de las condiciones en que se produce en las sociedades capitalistas— es un paso que la ayuda a romper su aislamiento familiar, a tomar contacto con la sociedad.

Este proceso de incorporación al trabajo coloca en un primer plano ciertas reivindicaciones, que pueden aliviar sus cargas familiares. La falta de guarderías reviste una gravedad extrema. En torno a la demanda de guarderías y de escuelas se desarrollan ya poderosas acciones de las masas femeninas.

En la actualidad, a pesar de la legislación y de la ideología reaccionarias, asistimos en España, como en el resto de Europa, a una crisis de la familia tradicional y autoritaria. Se pone sobre el tapete la necesidad de legalizar progresos científicos y sociales para elevar la calidad de la relación entre hombres y mujeres, colocándola en un terreno de libre voluntad y de mayor igualdad entre uno y otro sexo.

El P.C. se pronuncia porque el uso de los contraceptivos sea legal y a cargo de la seguridad social.

Con pleno respeto para los creyentes que tengan en esta materia un criterio distinto, el PC considera que es necesario establecer el divorcio para el matrimonio en tanto que contrato civil: cuando las relaciones entre una pareja se han deteriorado, la pervivencia obligada del lazo matrimonial tiene consecuencias negativas para todos los seres que integran la familia.

Las leyes penales franquistas convierten en delincuentes a 1.100.000 mujeres, según las cifras del Fiscal del Tribunal Supremo para el año 1973: de ellas, 800.000 por uso de contraceptivos y 300.000 por prácticas abortivas. Estas cifras demuestran que el aborto es un grave problema social que no se puede resolver con unos artículos del Código Penal. El Partido Comunista considera que deben ser abolidas esas leyes y que la pareja tiene derecho a fijar libremente el número de hijos que desea tener. Sobre el problema del aborto, en torno al cual existen en la actualidad opiniones muy diferentes en la sociedad, la democracia permitirá un esclarecimiento científico de su verdadero significado; y las masas decidirán qué legislación corresponde adoptar en ésta materia.

La lucha contra las discriminaciones más brutales a que la mujer está condenada, en la legislación, en el trabajo, en la educación, en la familia, es una parte muy importante del combate de nuestro pueblo por la libertad y por el socialismo.

El fin de la dictadura fascista creará unas condiciones nuevas, mucho mas favorables para la liberación de la mujer.

Cuando España sea socialista, quedarán destruidas muchas de las estructuras que determinan la discriminación de la mujer.

Al mismo tiempo, la experiencia demuestra que no existe un automatismo entre las conquistas de la libertad y del socialismo, y la plena liberación de la mujer.

Incluso en las sociedades socialistas —a pesar de las conquistas logradas— la mujer sigue discriminada en una serie de aspectos; y una buena parte de la sociedad considera «natural» que la mujer sea inferior al hombre en determinadas esferas.

Partiendo del socialismo utópico, el marxismo es la primera teoría que ha analizado de modo profundo las raíces y causas de que la mujer haya sido

condenada, desde hace milenios, a una situación de inferioridad. Es la primera teoría que ha postulado de modo tajante la necesidad de luchar por la completa igualdad de la mujer con el hombre.

Sin embargo, una parte de los planteamientos iniciales del marxismo han sido olvidados o dejados de lado. La presión de una sociedad en la que el hombre es superior a la mujer se ha hecho sentir, dentro mismo de las organizaciones que se basan en las teorías marxistas. Hoy el marxismo tiene un evidente retraso en abordar los nuevos aspectos que reviste el problema de la liberación de la mujer.

Al mismo tiempo, asistimos en diversos países a un surgir de movimientos feministas radicales, que generalmente toman como base o referencia el marxismo, si bien desembocan en conclusiones unilaterales, erróneas.

El P.C. destaca el mérito de los movimientos feministas. Coincidimos con su objetivo: lograr la igualdad de la mujer y del hombre.

En este sentido, somos, debemos ser, un Partido feminista. *Somos el Partido de la Liberación de la Mujer.*

El error de los movimientos feministas radicales consiste en que, por lo general, exclusivizan el problema femenino, como si pudiese resolverse al margen de las transformaciones políticas y sociales, en el marco exclusivo de la relación hombre-mujer. Con soluciones minoritarias, abstractas, pueden distraer a masas de mujeres del camino más efectivo para luchar por su liberación.

Nosotros concebimos el movimiento por la liberación de la mujer como un movimiento de masas diversificado. La orientación del amplio frente de lucha por la liberación de la mujer exige una concepción organizativa abierta, una orientación hacia la creación de plataformas legales, una valoración justa del condicionamiento limitativo del que parte la mujer, una vigilancia frente a las tentaciones instrumentalistas, y una tendencia unitaria con los otros frentes de lucha de los movimientos de masas, a la vez que buscar una mayor receptividad de éstos hacia la cuestión femenina.

La diversidad de formas en que se está expresando la presencia de la mujer en el proceso de su liberación, la heterogeneidad de los planteamientos teóricos, aconsejan concebir el movimiento de liberación de la mujer como un amplio frente en el que coexistan movimientos organizados al lado de extensas corrientes en cuyo seno se van configurando las orientaciones fundamentales.

El PCE, como lo hizo en su VIII Congreso, se coloca en una actitud autocrítica al abordar el problema de la liberación de la mujer.

Somos conscientes de que, en nuestras propias filas, la discriminación de la mujer es una realidad; y de que aún muchos comunistas tienen ideas reaccionarias sobre el problema femenino.

Superar esta situación, exige, primero, reconocerla. Además, comprender que hace falta una verdadera revolución en las mentalidades en esta materia.

Nuestro ideal comunista tiene como uno de sus rasgos, la erradicación total de la discriminación de la mujer. Durante milenios, más de la mitad de la humanidad ha estado limitada, disminuida, en su vida social e individual, en

su capacidad creadora. Las pérdidas que ello ha supuesto para toda la humanidad son incalculables.

Con el comunismo surgirá una nueva mujer, igual al hombre de verdad, lo cual elevará la vida humana a un nivel superior; nacerá una calidad nueva en la relación entre hombres y mujeres, en el trabajo, en el amor, en la creación artística y científica.

Nuestra política hoy, nuestro ideal para mañana, permiten al Partido Comunista tener en sus filas a grandes masas de mujeres.

El peso político de la mujer es inmenso, y crecerá. En la época actual, en su mayoría, están aún sin determinación política precisa. Tenemos que demostrar a millones de mujeres, a partir de sus preocupaciones más inmediatas y dándoles, a la vez, la perspectiva de su completa liberación, que su sitio está a nuestro lado, en el combate por la libertad y el socialismo.

Hace falta promover en primer lugar una campaña de reclutamiento orientada hacia las mujeres que deje de considerarlas como fuerza de sostén solidaria del marido; la militancia de la mujer no puede ser discriminatoria y, las formas organizativas flexibles que pueda exigir su situación actual, deben ser consideradas como expresión de una situación injusta y como instrumento para iniciar la lucha contra la misma.

La política de cuadros del partido habrá de dedicar especial atención a la promoción de cuadros femeninos y esto en la doble vertiente que revierta tanto hacia el partido como hacia el frente de masas femenino. Esta ha de ser una preocupación de todas nuestras organizaciones.

Por último, pese a reconocer que la liberación de la mujer obtendrá su fuerza principal de las propias mujeres, este frente de lucha concierne inequívocamente a la totalidad del Partido como una tarea revolucionaria fundamental, *para cuyo impulso se propone la celebración de una «Conferencia de Partido» que trate específicamente y con profundidad toda la amplia problemática que plantea el movimiento de liberación de la mujer.*

IX Conferencia PCE?